

Jueves V del TO
Ciclo B



8 de febrero de 2024

1Re 11, 4-13

Sal 105

Mc 7, 24-30

P. Eduardo Suanzes, msp

En esta escena del Evangelio (y en la de mañana) Marcos no hace mención a los discípulos: es solo Jesús el que va de un lado para otro. Ahora va a la zona pagana de Tiro (en lo que hoy es el Líbano) y se mete en una casa, para que nadie de allí se aperciba de su presencia. En la región de Tiro había también pequeñas aldeas judías, pero no se precisa que Jesús vaya a una de ellas. Se sabe que en estas aldeas, los judíos vivían en la miseria, trabajando para los habitantes helenistas y ricos de la ciudad (como también en Galilea). Se sabe también que los tirios, como recoge Josefo¹, eran especialmente hostiles y despectivos hacia los judíos. Desde aquí, se explica la actitud recelosa de Jesús de ocultarse; actitud propia en un ambiente en el que lo que reina es el recelo, tanto de judíos hacia tirios, como viceversa.

Aparece una mujer, que es descrita como griega², es decir, pagana, y con origen en la zona fenicia de Siria. No es una tiria, sino de cultura griega, y, por el léxico que emplea en el texto, parece una mujer acomodada, como lo eran la mayoría de griegos que vivían libres en ciudades como Tiro. Por su origen, cultura y posición, la mujer, evidentemente, no está en sintonía previa con Jesús. No obstante, al oír hablar de él va hacia Jesús y se postra a sus pies intercediendo por su hija poseída por un demonio.

La mujer es sirofenicia (pagana, es decir, tenida por alguien fuera del ámbito de Dios) pide ayuda para su hija postrada. La respuesta de Jesús es seca, cortante y distanciadora. En el relato, Jesús expresa la postura oficial que un buen judío conservador debía tener ante una persona gentil: «no eres tan importante; los importantes somos nosotros, los judíos, los correligionarios israelitas». Jesús viene a expresar en el relato la creencia establecida de que los israelitas son «hijos» de Dios, «pueblo de Dios», mientras que los extraños, los gentiles, son... perros, perritos³ (en su sentido negativo). Por ello, el «pan» que Dios es, su Palabra, su Voluntad, su Ser, es para esos pocos «hijos» privilegiados. Los demás deben esperar, a ver si les toca algo. Esta actitud puede reflejar el trato habitual que propugnaba un judaísmo conservador, autocentrado en su prepotencia de ser el único pueblo elegido de Dios. Es cierto que el Levítico habla del amor hacia el forastero-extranjero. Quizás por ello no se le rechaza de plano, sino que se le viene a decir: «espera, ponte en la cola; primero nosotros; después, ya veremos si os podemos atender a los de fuera».

¹ Tito Flavio Josefo (Jerusalén, c. 37-Roma, c. 100), fue un historiador judeorromano del siglo I, que nació en Jerusalén (entonces parte de Judea romana).

² Ἑλληνίς (Ellenis=griega,...y por tanto pagana)

³ Marcos emplea el diminutivo «perritos»

Todo este diálogo ha sido elaborado por Marcos porque parece pretender buscar, como siempre, la implicación del oyente-lector del evangelio en la cuestión. La respuesta de Jesús, tan dura, impacta; no se corresponde con la imagen que un cristiano primitivo o posterior tiene de Jesús, ya que lo que ahora dice-hace va en contra del núcleo de sus enseñanzas sobre el amor al prójimo, a «todo» prójimo, y, especialmente a los postrados. El evangelio parece querer decir que con estos prejuicios, que desde esos esquemas preestablecidos de superioridad/inferioridad, elegidos/no elegidos, no se va a ninguna parte, pues el mal, lo que mata, sigue campando a sus anchas.

Por ello, como casi siempre en los evangelios, el mostrar esta actitud pretende cuestionar, abrir la puerta a la reflexión para entender lo que es importante. Y en esta ocasión, lo que es importante no es puesto en boca de Jesús, sino en boca de esta mujer pagana: «*Sí, Señor; pero también los perros comen bajo la mesa migajas de los niños*». Al darle Jesús una respuesta injusta y despectiva (lo propio del sistema de dominio judaico en el que él vive y padece), la mujer acepta tal vez su propia injusticia dominante, pero lo más importante es que no se resigna a que las cosas sigan como están, sino que pone en primer término («pone en el centro») a esa última que es su hija. Apela a la generosidad del Dios-Amor y reconoce que, aunque no haya sido fiel a ese Amor, esa «perrita» inocente que es su hija no es culpable de ello y puede acceder al amor (migajas de ese pan).

Si la mujer se hubiese dado media vuelta y se hubiese marchado airada, su hija seguiría en la oscuridad, ella con sus prejuicios hacia los judíos y el profeta galileo-judío con sus prejuicios hacia los no-judíos. Pero algo se ha roto, por fin. Los personajes dejan de representar un papel y se convierten en personas, en seres humanos, a los que mueve la necesidad y el sufrimiento; no el propio, sino el de otros postrados, simbolizados aquí por la niña sirofenicia. Esta niña sirofenicia no es judía, no conoce seguramente nada de la religión judía y quizás nunca ha oído hablar de Yahvé, pero lo importante no es su origen y cultura, sino su postración, su condición de no-ser (poseída, no es ella misma, está muerta en vida).

Se produce, pues, un abajamiento que produce frutos de amor: Jesús renuncia al judaísmo selectivo y exclusivista propio de un rabí, y se deja corregir por una pagana, que «le enseña»; y la mujer al dirigirse a un judío para pedirle ayuda, rompiendo con ello la división entre pueblos, y, supuestamente, al dejar de «contaminar» a su hija con estos prejuicios separadores, lo que produce la liberación de tales ataduras en la niña, que pasa de ser sometida a autónoma (como los otros niños enfermos/muertos que aparecen en el evangelio, como la hija de Jairo, quien «se abaja» de su posición dominante de jefe de sinagoga para pedir a Jesús por su hija y tal abajamiento propicia la sanación y la vida).

El relato termina con la sanación. No es Jesús quien cura a la niña, sino que la losa que pesaba sobre ella, la losa de los prejuicios, las distancias y los desprecios, se ha quebrado, se ha roto, se ha desintegrado. Es lo que ha de pasar cuando las personas se miran desde esa unicidad que son en el Uno que Dios es. Mientras las barreras separadoras del ego sigan ancladas en sus prejuicios, el «diablo» de la opresión, del dolor, del daño, seguirá campeando a sus anchas. Cuando esas barreras separadoras se caigan y cada uno mire al otro como a uno mismo, la sanación, la vida, será posible, como en la parábola del buen samaritano, sin importar de dónde, ni cómo ni cuándo ha nacido a este mundo biológico el ser que necesita del amor sanador.